

¡María, triple Madre de la Esperanza!

El período de noviembre-diciembre que estamos atravesando es un gran momento de esperanza. La esperanza, que se distingue de la simple expectativa, es una de las tres virtudes teologales, que expresa la confiada espera que el hombre deposita en Dios y en sus gracias en este mundo, así como en la vida eterna en el otro. La esperanza en la resurrección nos lleva a orar por nuestros difuntos en este mes de noviembre. La esperanza en la venida del Señor se introduce con el tiempo de Adviento y la solemnidad de la Inmaculada Concepción, que nos permite comprender que esta verdad de fe es un don y un privilegio divino concedido a María en vistas a su maternidad divina. El tercer nivel de esta esperanza proviene del inicio del Año Jubilar, durante el cual estamos todos llamados a ser “Peregrinos de la Esperanza”; no solo en Roma, sino también en nuestros diversos lugares de vida y peregrinación (como Lourdes). Todas estas manifestaciones de la Esperanza encuentran un punto común en la persona de María, esa privilegiada que vivió la esperanza y que da al mundo al Resucitado, con quien y siguiendo a quien, todos estamos en peregrinación de Esperanza.

María, Madre de la Esperanza en la Resurrección

La esperanza en la resurrección cobra sentido gracias a la estrecha conexión que el Nuevo Testamento establece entre la fe en la resurrección de Cristo, ya realizada, y la fe en la obra de resurrección de la carne y la vida eterna, inspirada por el Espíritu Santo en los creyentes. Al recitar el Credo, todo cristiano afirma su fe y esperanza en la resurrección. Lo hace con plena confianza, pues es testigo de la resurrección de Cristo y creyente en la resurrección de María, asunta al cielo en cuerpo y alma. Como hijos e hijas de María, reconfortados por la fe, albergamos esta esperanza en la resurrección y, por lo tanto, oramos por nuestros difuntos, invocando la intercesión de aquella que es “Porta del Cielo” y “Reina del mundo,” para que introduzca a nuestros hermanos y hermanas en el Reino de su divino Hijo.

¡Para esperar mejor, hay que esperar!

Para vivir más plenamente la esperanza en la resurrección, debemos ya vivir la esperanza en la gracia, es decir, lo que Alfonso de Ligorio llama: “el deseo de poseer a Dios.” Vivir la esperanza en la tierra como María significa no depositar nuestra confianza ni en los hombres ni en nuestros propios méritos, sino contar únicamente con la ayuda divina y con la gracia del cielo, avanzando así en el amor a Dios. Todas las etapas de su vida manifiestan esta virtud que le permite a María decir, antes que Pablo: “Todo lo puedo en Aquel que me fortalece” (Fil 4,13). Esperar para poder esperar, por tanto, significa vivir plenamente la fe y la confianza en Dios en esta tierra. Esto nos permite profundizar nuestra relación íntima y amorosa con Dios y, de este modo, superar la gran prueba. En definitiva, hay que vivir con Dios (en la gracia) para esperar estar eternamente con Él.

He aquí que la Virgen concebirá y dará a luz un hijo. (Is 7,14)

El tiempo de espera del nacimiento del Señor es, por excelencia, el tiempo mariano de la esperanza. Durante el Adviento, el cristiano está llamado a vivir una esperanza en cuatro etapas: Levavi (1º domingo), Populus Sion (2º domingo); Gaudete (3º domingo); y Rorate (4º domingo). Durante este período, junto con Nuestra Señora de la Esperanza, los devotos

preparan los caminos de Aquel que, en la plenitud de los tiempos, nacerá de una Mujer (cf. Gal 4,4), de una Virgen (cf. Is 7,14). La esperanza en el cumplimiento de la promesa divina confiada a María (“hágase en mí según tu palabra”) lleva a María a confiar en Dios y a asumir las responsabilidades inherentes a la maternidad: dar la vida, protegerla, dar un nombre, alimentar, acompañar y, sobre todo, conservar todo en su corazón. La esperanza de toda gracia y la confianza en Dios que de ella se deriva deben llevar a los Hijos e Hijas de María a asumir también ellos compromisos y responsabilidades en la realización del proyecto de Dios en ellos.

Cum Maria, Spes non confundit...

La peregrinación de la esperanza a la que estamos invitados a partir del próximo 24 de diciembre y durante todo el año 2025, no puede realizarse sin María y respeta los cuatro momentos de todo caminar con Dios, uniendo así la esperanza cotidiana (las gracias materiales y espirituales) y la esperanza eterna. Parte de la tristeza del mundo, como señala el Papa: “Nos encontramos a menudo con personas desanimadas que miran al futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera traerles felicidad” (SnC, 1). Este es el punto de partida de toda persona que, al experimentar el encuentro con Dios, gracias a “una firme certeza de lo que se espera, una demostración de lo que no se ve” (Hb 11,1), se pone en “un camino que necesita momentos fuertes para alimentar y fortalecer la esperanza, compañera insustituible que deja entrever la meta: el encuentro con el Señor Jesús” (SnC, 5). Finalmente, esta intimidad con Dios hace crecer en nosotros la fe y también todas las virtudes que nos permiten profundizar nuestra relación con Dios y que nos convierten en “un fermento de auténtica esperanza, un anuncio de los cielos nuevos y de la tierra nueva (cf. 2 Pe 3,13) donde habitaremos en justicia y en concordia entre los pueblos, tendidos hacia el cumplimiento de la promesa del Señor” (SnC n. 25).

Para nosotros, miembros de la Familia de Nuestra Señora de Lourdes, esta peregrinación no puede hacerse sin María y Bernardita. Ambas son modelos de esperanza para nosotros. La vida de María está guiada por la esperanza desde su “hágase en mí según tu palabra” hasta su discreta pero concreta presencia con los apóstoles el día de Pentecostés. Ella nunca dejó de esperar y de alimentar esta esperanza. Además, María también permite que otros esperen. Es el caso de Isabel, de los esposos de Caná e incluso de los apóstoles, con quienes realiza el peregrinaje de la vida hasta el final. Y es esta misma esperanza la que transmite a Bernardita Soubirous al visitarla y prometerle la felicidad eterna. Bernardita, a su vez, vive de esperanza. Una esperanza que podemos clasificar en cuatro etapas de su vida: antes de las apariciones, durante las apariciones, después de las apariciones y durante su vida consagrada en Nevers. Todas estas etapas tienen un hilo conductor: la esperanza. Bernardita confía plenamente en ese Cristo que es su única riqueza, y, desde la gruta, que ya es su paraíso, hasta Nevers, lugar del cumplimiento, ella no tiene más ojos que para Dios. Esta esperanza le da especialmente la fuerza para ser más fuerte que la miseria, la enfermedad, los prejuicios, los juicios, las burlas, las pruebas de la vida consagrada, etc. Sin embargo, como María, comparte su esperanza, en la verdad y la caridad, con un amor sincero hacia Dios y hacia los demás, especialmente hacia los enfermos. Finalmente, gracias a la esperanza, ella entra como María en esa alegría eterna.

Queridos Hermanos y Hermanas, vivamos plenamente esta triple esperanza en este momento particular e invoquemos a María y a Bernardita, modelos de esperanza para nosotros. Buena oración por los difuntos, buena entrada en el tiempo de Adviento y buena preparación para el Año Jubilar de la Esperanza.

P. Emmanuel Mvomo,
Santuario de Nuestra Señora de Lourdes,
Capellán de la Familia de Nuestra Señora de Lourdes